

LA REVELACIÓN DEL INCESTO Y DEL ABUSO SEXUAL

Jorge Barudy

The author describes the therapeutic experience of his work group about sexual according to a systemic oriented approach. He describes the figure of the abusing adult: more frequently an abusing person is an abused who abuses himself. He justifies or deceives the abuse because he is convinced that his view of the world is the objective reality and his behavior is coherent with the reality itself. He identifies three different kind of organization about abusing family systems which correspond to different sets of believes. He underlines the importance of a common intervention to mobilize the resources of different human systems that overwhelm the family and the abuse child. It's difficult to find the way to enter into contact with the abusing system because it rules out the possibility of dialogue.

Key words: abusing family system, systemic approach, map, territory, view of the world, set of belief.

INTRODUCCIÓN

La finalidad de este artículo es presentar una serie de experiencias sobre las que se ha elaborado un modelo, fruto de un trabajo desarrollado en el seno de un grupo pluridisciplinar que tiene como objetivo la prevención y el tratamiento de los abusos infantiles en general y del abuso sexual en particular.

El enfoque de nuestro trabajo como grupo es de orientación sistémica en el marco de una intervención comunitaria, cuya finalidad es la de movilizar los recursos de los diversos sistemas humanos que atienden al niño a fin de hacer frente a situaciones de maltrato y asegurar su bienestar.

Las consideraciones sobre la violencia sexual y el incesto que siguen a continuación, aunque han sido sin duda influidas por los procesos de reflexión en el interior de nuestro equipo, corresponden a una sistematización propia, por lo que no pueden verse libres de la subjetividad del observador y espero sean tomadas como tales. Responden a un intento de transmitir una experiencia clínica de más de cuatro años en este campo que me ha llevado a vivir crisis personales, incluso muy

serias, pero que evidentemente no pretende erigirse en epítome de una verdad científica objetiva.

El modelo que se expone es sin duda incompleto, pero para nuestro equipo ha representado una modalidad operativa que nos ha permitido comprender y actuar en este campo tan complicado. No es más que un mapa de un territorio muy complejo. Por desgracia no constituye ninguna pócima mágica capaz de hacer disminuir los sentimientos de impotencia y rabia o de inseguridad que experimentamos cuando nos hallamos ante un niño maltratado, apaleado, descuidado o abusado sexualmente. Desearía sólo que sirviera de incentivo para alcanzar una mayor profundización en la manera de abordar este fenómeno.

Esta presentación tiene como finalidad establecer un intercambio con el lector sobre dos ideas: la primera es que nadie tiene derecho a abusar de otro ser humano, cualquiera que sea su situación o el tipo de contexto en que se halle; la segunda, que el primer deber de un terapeuta, como el de cualquiera, es actuar para restaurar el respeto por la vida. Estas dos ideas no son alternativas, sino elecciones éticas.

EL INCESTO Y LOS ABUSOS SEXUALES COMO FENÓMENO HUMANO

Ante la realidad humana del maltrato a los niños, de la violencia sexual y del incesto, nos ha parecido interesante profundizar en el proceso que puede resumirse en la pregunta: ¿Cómo los seres humanos llegan a creer en lo que creen?

Nos hemos quedado de piedra al observar en el trabajo con adultos y sistemas familiares abusadores, que detrás de este tipo de comportamiento hay siempre un sistema de conocimientos y de creencias que permite al adulto abusador justificar o mistificar el propio abuso frente al niño.

El abusador adulto está convencido, en efecto, de que las percepciones y representaciones que tiene de sí mismo, de su familia, de su hijo, del mundo que lo rodea son la realidad objetiva y que sus comportamientos son coherentes con esta realidad.

Profundizando más lo que nos produce mayor asombro es que la singularidad del “abusador” no viene producida sólo por el comportamiento del abuso sino por el hecho que crea lo que cree y que su sistema perceptivo cognitivo, el conjunto de sus interacciones con su sistema familiar e incluso con su sistema social están allí para confirmar lo que cree.

El drama del adulto abusador es que no conoce o no sabe que su realidad que considera absoluta, no es más que una imagen mental, un medio, una fantasía que corresponde sólo en parte a una realidad. La diferencia entre él y las otras personas es que siempre se remite a su visión del mundo: no puede aceptar que sus percepciones y sus conocimientos puedan estar condicionadas por sus propios intereses, su historia personal, sus interacciones. En otras palabras la ventaja que tenemos respecto a un abusador es la de saber que el mapa no es el territorio (Korzybski, A., citado por Bateson, 1970). En efecto a diferencia de los adultos

abusadores nosotros hemos abandonado, al menos así lo espero, la fe en que nuestras percepciones sean “percepciones inmaculadas” (Hunneus, 1976).

LA EXPERIENCIA COGNITIVA EN LOS MOMENTOS DE CRISIS

¿Qué sucede en la experiencia del adulto abusador en los momentos de crisis? ¿Qué sucede con quienes intervienen? ¿Qué sucede, finalmente, a nivel de los sistemas de creencias que se expresan en sus discursos?

Por nuestra experiencia sabemos que cuando nos encontramos ante situaciones que requieren un cambio una de las reacciones podría ser la de apegarnos a nuestras creencias.

Nuestra vida experimenta una serie constante de momentos de crisis que nos obligan a abandonar creencias, a adaptarlas o a acogernos a ellas todavía con más fuerza. Las diversas crisis por las que hemos tenido que pasar nos empujan a revisar nuestras creencias a adaptarlas o a reforzar todavía más las que consideramos válidas, aunque podemos estar seguros de que algunas de las creencias, a las que no renunciamos en la actualidad y que influyen en nuestra actividad social, cambiarán en el futuro.

¿Cómo comprender este proceso evolutivo de los conocimientos y de las creencias? ¿Cómo poder determinar las situaciones, los elementos que favorecen la adaptación de las creencias a las situaciones de la vida? Y al contrario, ¿cómo construir un modelo que nos permita comprender por qué y con qué objetivo los seres humanos se saltan sus creencias o se acogen a ellas de un modo tan rígido sobre todo si se hallan en momentos críticos? Todas estas preguntas e incertidumbres constituyen para nosotros un estímulo y un desafío, motor de nuestra actividad terapéutica con los sistemas familiares “abusadores”.

De este modo nuestras experiencias y la lectura de Maturana, Varela, Von Foster y otros nos llevan a la siguiente pregunta: ¿Cómo los seres humanos producimos nuestros conocimientos, nuestras creencias, nuestro mapa del mundo y cómo nos quedamos ligados a ellas? Nuestra hipótesis es que en los sistemas abusadores existen formas de organización y contextos que influyen el proceso cognitivo de tal modo que una de las posibilidades sea la aparición del abuso sexual.

Buscando delinear mejor estas organizaciones y estos contextos, hemos basado nuestra investigación en el lenguaje, de acuerdo con los planteamientos de Bandler y Grinder (1975) (retomados por Hunneus, 1986) quienes consideran el lenguaje natural como un modo de forjar los modelos o representaciones, pero en un otro registro lógico: “El lenguaje natural es un modo de construir mapas hablados de nuestras representaciones: es una forma de metarrepresentación o una representación de lo que tiene ya una representación (Hunneus, 1986).

Desde este punto de vista, el universo lingüístico (digital o analógico) de los sistemas implicados en la situación de abuso se convierte en el hilo conductor o el mapa que nos permite la exploración de este territorio tan complejo y confuso. Así

nuestro enfoque considera el lenguaje natural de los sistemas (familia y sistema de los operadores sociales) como el punto de intersección de *la producción material* de la cultura familiar (los modelos de comportamiento, su organización, su estructura) y *la producción ideológica* (el sistema de las creencias y de los afectos no materializados) compartidos completamente o a distinto nivel por los miembros de la familia.

Para modelizar la *producción material* de las familias abusadoras hemos centrado nuestra atención sobre los rituales de la familia, es decir sobre los modelos particulares de acción y reacción a los que los se acogen los miembros de la familia en distintos niveles (Seltzer y Seltzer, 1986).

Para la modelización de la *producción "ideológica"* (no observable) hemos escogido explorar de modo inferencial los mitos y creencias temáticas de las familias desde una perspectiva histórica.

LOS ABUSOS SEXUALES Y SU DESCUBRIMIENTO COMO FENÓMENOS HISTÓRICOS.

Como equipo especializado entramos en contacto con las familias y sistema de operadores en el momento en que el abuso sexual ha sido denunciado por un adulto que ha recibido la información expresada de forma explícita o implícita del niño víctima. Esta situación introduce la posibilidad de la crisis necesaria para cualquier tipo de cambio.

El descubrimiento de los comportamientos de abuso corresponde pues "al estado de un sistema en el momento en que se hace inminente un cambio" (Langsley, citado por Ausloos, 1983). Por otra parte, Maturana y Varela afirman en referencia a los procesos históricos que "cada vez que en un sistema emerge un estado como resultado de la modificación de un estado precedente, se produce un fenómeno histórico".

Desde este punto de vista, el hecho de denunciar los comportamientos de abuso se convierte, como el propio abuso, en una manifestación de un fenómeno histórico.

Es importante subrayar que descubrir y denunciar los hechos de violencia sexual, por parte de los adultos, no es un comportamiento tan frecuente como sería de desear. Nuestra experiencia clínica conoce casos en los que el niño ha intentado comunicar a los adultos su condición de abusado a través de comportamientos o de su cuerpo violado. En nuestra experiencia no hemos encontrado un niño que no hubiese intentado hablar de forma metafórica de su drama. Después de un cierto periodo de tiempo los niños presentan problemas escolares, síntomas depresivos, problemas de comportamiento, de identidad, etc.

Las posibilidades terapéuticas en situaciones de violencia sexual o de incesto se manifiestan con las "fluctuaciones" que el operador externo a la familia haya tenido el coraje de producir. La acción de este agente -como por ejemplo, el médico

de familia, un enfermero escolar, el asistente social del barrio, una maestra o un vecino, etc... - que se hace depositario del secreto podría, si encuentra un ambiente solidario a su alrededor, crear las condiciones necesarias para provocar en el sistema abusador “una situación de inestabilidad a partir de cual puede alcanzarse un nuevo estado de equilibrio, incluso a través de una perturbación infinitesimal. Esta intervención de un agente externo puede desequilibrar la homeostasis del sistema, lo que puede dar lugar a tres movimientos de índole diversa en el sistema:

un retorno al estado precedente sin reelaboración de la crisis:

? mitos y secretos;

una catástrofe (cambio gradual y relativamente pequeño que produce un salto imprevisto de comportamiento):

? explosión del sistema;

una reelaboración creativa del sistema:

? fuerzas internas y/o

? apoyo del ambiente.

En el caso en que el operador niegue los hechos o considere que la gestión del caso deba ser asumida por otros, se convierte en cómplice de la violencia misma y con frecuencia bloquea la posibilidad de intervención que al desencadenar un crisis, habría podido conducir a la protección del niño y a una ayuda terapéutica al sistema familiar implicado.

LA ORGANIZACIÓN DE LOS SISTEMAS ABUSADORES

La reacción particular de cada familia frente a la crisis causada por el descubrimiento del incesto y las informaciones, tanto en el plano material como en el “ideal” extraídas de las sesiones terapéuticas nos han permitido distinguir tres tipos de organización familiar, que corresponden a diversos sistemas de creencias:

organización aglutinada y altruista

organización promiscua, caótica, indiferenciada y usurpadora

organización petrificada y absoluta

Al discutir estos diferentes modelos familiares conviene tomar en cuenta igualmente tres fases de evolución:

durante la crisis, constituye el momento en que la familia se halla frente al descubrimiento de los episodios de abuso con uno o más hijos; la descripción de esta fase corresponde a lo que observamos directamente en las interacciones familiares durante las sesiones.

antes de la crisis: a través de todo este periodo los comportamientos abusadores juegan un rol homeostático en el sistema familiar (e incluso con frecuencia en el social) lo que conlleva como consecuencia una incompatibilidad vital entre las finalidades de los adultos de los sistemas circundantes y las de los niños. El escenario de este periodo que antecede la crisis exige por nuestra parte un esfuerzo de imaginación, ya que se trata

de construir una historia en la que no hemos tomado parte, pero que hemos reconstruido con la familia durante las sesiones a fin de dar un sentido a las transgresiones presentes.

durante la terapia: se trata del período que, empezando con la crisis, prosigue con la formación de un contexto terapéutico en el que la familia y los terapeutas se hallan empeñados en un proceso de humanización del sistema familiar y de restauración de los derechos de los menores. Según nuestra experiencia, limitada en el tiempo, no poseemos todavía datos suficientes que puedan aclarar la evolución a largo plazo de determinados tipos de organización.

La organización aglutinada y altruista

En el momento de la crisis el lenguaje de este sistema familiar es el lenguaje del “arrepentimiento” y del “perdón”; arrepentimiento del adulto abusador y perdón del grupo familiar, incluida la víctima del abuso. El adulto autor del acto con sus palabras intenta convencernos a nosotros y a sí mismo no saber porqué ha hecho lo que ha hecho. Se considera incapaz de cometer un acto de este tipo. Su lenguaje expresa que ha hecho algo sin haberlo pensado y no haberlo expresado con palabras ni a sí mismo ni a los demás. En el momento de la crisis este adulto se presenta como persona consciente de haber cometido un grave error y de estar dispuesta a todo para repararlo.

Organización de la familia antes de la crisis: plano material de la cultura familiar

Se trata frecuentemente de una organización en la que el padre se describe como una persona afectuosa, tierna y próxima a los propios hijos, que se ocupa de ellos desde el nacimiento, se dice de él que es un padre “maternal”. Pero con el crecimiento gradual de los hijos aumentan los juegos corporales con ellos. Por ejemplo, el padre de una familia tratada por nosotros tenía la costumbre de jugar con sus tres hijas semidesnudas a un simulacro de lucha libre. La madre no había considerado nunca esta actividad del marido como una anormalidad; se mostraba, al contrario, admirada por la capacidad afectiva de su cónyuge. Ella tenía en cambio un papel pasivo en el sistema parental, a pesar de representar el pilar de la organización familiar bajo el aspecto de la gestión de la familia, de las relaciones con el exterior y del cuidado físico del marido y de las hijas. Cuando su marido se iba de paseo con las hijas, prefería quedarse en casa, satisfecha de gozar, como decía, de un momento de descanso y tranquilidad, que le permitía leer, reflexionar y concluir, sin interrupciones, cualquier actividad doméstica.

En nuestro imaginario de operadores la organización y el funcionamiento de estas familias antes de la crisis recuerdan el tipo de familia unida, simbolizado tal vez por la publicidad televisiva; pero, profundizando en nuestras observaciones esta organización aparentemente perfecta parece ocultar por parte del padre un uso de

las hijas como ositos de peluche (objeto transicional); al mismo tiempo, la relación de fusión padre-hijas permitía a la madre exorcizar el temor de dejarse invadir, conservando así la posibilidad de ser “ella misma” en soledad.

El sistema aglutinado en una perspectiva histórica

En el plano ideal de la cultura familiar se pone de manifiesto que la historia y las creencias de la familia se registran bajo formas de mitos de sacrificio y de devoción. Se observa, así, muy frecuentemente que en su familia de origen hayan sido “hijos dotados” de devoción respecto a sus padres. Su drama consiste en el hecho de que desde su nacimiento han tenido que asumir el rol que reconoce y satisface las necesidades de los propios padres a título de compensación por el sacrificio de sus progenitores.

Estructuras disipativas durante la crisis y oportunidades terapéuticas

Toda esta idílica estructura familiar se tambalea pavorosamente apenas uno de los hijos, con frecuencia la hija mayor, preadolescente o adolescente, confía a una persona externa a la familia o a la madre que el padre se mete en su cama y sospecha, por ejemplo, que haga lo mismo con su hermana menor.

En este punto estalla la crisis que crea un estado de sufrimiento y perturbación en todos los miembros de la familia y frecuentemente también en el sistema de los operadores. Estos últimos se hallan divididos entre la defensa de la cohesión de la familia minimizando los hechos y la denuncia de lo acaecido a la justicia para una condena del padre incestuoso.

La situación en la que viven estas familias durante la crisis nos hace pensar metafóricamente en las “estructuras disipativas” de Prigogine. En efecto, en aquel momento, estas familias aparentemente perfectas en su organización se encuentran en situaciones de desequilibrio. Estas nuevas estructuras pueden desarrollarse hacia otros tipos de organización más sana, compatible con la vida si se producen determinadas condiciones favorables que permitan a las familias aprovecharse positivamente de la energía del ambiente circunstante. Estas condiciones favorables se corresponden a los ejes importantes en nuestro modelo terapéutico y más en concreto:

- acuerdo solidario entre operadores de los diversos sistemas (escolar, médico-socio-psicológico, judicial y otros);
- comportamientos que reflejan verdad y firmeza a fin de hacer respetar la integridad de todos los componentes del sistema, particularmente de los menores;
- desarrollo de un contexto terapéutico de respeto y de amor para todos en el ámbito de una terapia a largo plazo con la familia

No nos extenderemos en estos aspectos que, por otra parte, son válidos también para otros tipos de organización; pero nos gustaría insistir en su importan-

cia es estos casos para prevenir fenómenos que se producen cuando nos encontramos lejos de de las condiciones de equilibrio. Subrayamos los riesgos de la aparición de trastornos psicosomáticos y/o psíquicos, en función de mecanismos equilibradores de una crisis así como de peligros todavía más graves, como el suicidio precedido del homicidio de todos los miembros de la familia.

Nuestra experiencia con este tipo de organización familiar, a diferencia de la acumulada con los otros dos tipos de familias, nos lleva a sostener que existen condiciones propicias para una aproximación terapéutica a la familia, sin encarcelamiento preventivo del culpable.

Un tutor designado por la red de concertación garantiza el control y tutela de los hijos víctima; sin embargo es oportuno permanecer vigilantes y prudentes durante todo el tratamiento terapéutico dado que no todos los arrepentidos lo son de verdad y es muy difícil el cambio para cualquier ser humano que forma parte de una familia.

Organización promiscua, caótica, indiferenciada y usurpadora

El lenguaje de los adultos del sistema familiar durante la crisis se expresa con el lenguaje del estupor. Se sorprenden, porque los operadores, incluida la justicia, hace que una situación que no parecía tan grave se transforme en un “caso”. El adulto abusador dice lo que piensa y hace lo que considera “normal” respecto a una lectura de la realidad que lo autoriza, por ejemplo a “preparar a los hijos para afrontar los hechos de la vida”.

La organización antes de la crisis

Promiscuidad, interacciones caóticas y ausencia de fronteras generacionales son las características distintivas del funcionamiento de la familia. En este tipo de organización se pone de manifiesto una tendencia al “desorden”, con rupturas relacionales repetidas a nivel transgeneracional. Las situaciones familiares son muy heterogéneas y cambiantes, etc. Los hijos viven, por ejemplo, con un padre que no lo es biológicamente, o con una madre que lo es sólo para algunos de ellos. La promiscuidad, debida con frecuencia la pobreza y a las reducidas dimensiones de la casa; situación objetiva que facilita transgresiones físicas entre los componentes de la familia.

En este contexto las “relaciones sexuales” se hallan fuera del campo de la intimidad entre adultos para volverse normales y probables en el cuadro del funcionamiento familiar.

Carencias de carácter psicológico, afectivo y social se repiten de generación en generación ocasionando a los componentes de la familia trastornos a nivel de simbolización y verbalización de las experiencias. Estas carencias hacen además difícil la posibilidad de establecer un diálogo constructivo entre personas.

Evidentemente estas situaciones predisponen a los adultos a pasar al acto y a los

hijos a convertirse en objetos para ellos en un contexto de búsqueda de ternura y/o calor humano, imposible de conseguir de otro modo en aquel ambiente.

La falta de estructura y el funcionamiento caótico de estos sistemas familiares son el único mecanismo de adaptación al que recurren estas familias frente a un ambiente social que, para su organización, exhibe frecuentemente fuertes desigualdades. Desde este punto de vista, el niño desempeña el papel de chivo expiatorio de una sociedad profundamente injusta.

A su vez la falta de estructura de la familia y el funcionamiento caótico impiden desarrollar capacidades adecuadas para dominar el ambiente (trabajo, amistades, deberes civiles), o lo que refuerza el repliegue de la familia sobre sí misma en la búsqueda de satisfacer sus necesidades vitales. De este modo se cierra un círculo vicioso.

La organización promiscua en su perspectiva mítica

Creencias e historia familiar se hallan atravesadas por mitos de destrucción y supervivencia.

Los padres con frecuencia experimentan situaciones de este tipo durante su infancia y adolescencia; si han vivido en familia han sido utilizados en su lucha por la supervivencia de sus padres y han aprendido a utilizar a su vez a los demás para no “derrumabarse”

Estructuras disipativas durante la crisis y posibilidades terapéuticas

En este caso la crisis afecta más a varios operadores que a la propia familia, lo que explica el gran pesimismo y escepticismo que hemos observado en muchos operadores que siguen a estas familias durante largo tiempo.

Todo se desarrolla como si los mitos de destrucción y de supervivencia de las familias se hubiesen infiltrado en el sistema de los operadores, paralizando sus esperanzas de cambio. Paradójicamente es la esperanza la que actuando a través de los comportamientos de maternizaje por un lado y de reafirmación de los límites, por otro, constituye la única oportunidad de los operadores de romper el círculo vicioso de estas familias.

Nuestro enfoque terapéutico

El factor básico que favorece la realización de una estructura disipativa es la creación en el entorno familiar y durante un largo periodo una red de operadores capaces de crear una relación solidaria. En este caso la estructura disipativa empieza con su inserción que permite una estabilidad temporal del sistema familiar (maternaje) y al mismo tiempo con la introducción del concepto de ley (partenaje) gracias a una estrecha colaboración con el sistema judicial.

La organización rígida, absolutista y totalitaria

Para la descripción de este tipo de organización y del enfoque terapéutico correspondiente nos remitimos al artículo de van Marcke y Igodt (1987), pero nos gustaría, con todo, subrayar lo que principalmente se encuentra en este tipo de organización.

Si todos los abusadores tienden a comprender su visión del mundo como la real, este tipo de abusador es el más sorprendente: los hechos se hallan patentes a los ojos de todos; la hija o los hijos han desvelado los abusos sufridos, pero el adulto continúa defendiendo su imagen; sus relaciones familiares idealizadas, la existencia de un mundo absolutamente moral en contradicción con cuanto se acaba de descubrir.

El lenguaje debe definirse como dogmático, el universo perceptivo de las representaciones y del lenguaje se halla dirigido en su totalidad a defender la representación mistificada de la realidad que excluye cualquier posibilidad de reflexión crítica y consciente sobre cuanto sucede.

El discurso es dicotómico y reductivo por excelencia. Cuando la crisis lo pone en discusión se defiende y se vuelve todavía más rígido. En este momento el hombre manifiesta su tragedia, mostrando que lo que piensa y lo que expresa en su lenguaje es del todo incoherente con lo que ha hecho. Sin embargo no puede reconocer su actos. Se produce una fuerte distancia entre el decir y el hacer, como si el pensamiento y el lenguaje perteneciesen a un habitante de otro planeta y el comportamiento a otro totalmente distinto.

En el momento en que se desvela el incesto este tipo de padre autoritario y moralista lo niega en bloque, rechazando con todas sus fuerzas incluso la sospecha de haber cometido una bajeza semejante. Si las pruebas son decisivas, se defenderá afirmando que la hija o hijas le han incitado o provocado. La madre, otro miembro adulto del sistema, con frecuencia le defenderá, intentando descalificar el testimonio de las propias hijas, redefiniéndolo todo como fruto de sus fantasías o pura imaginación.

Podemos afirmar que en estas situaciones se halla totalmente ausente la capacidad de reflexionar y que la vida personal se vuelve ciega a sí misma (Matura y Varela, 1984).

En la organización de este tipo de familia existe una regla mítica que reza así: “Se prohíbe saber”; en otras palabras no se puede reflexionar sobre lo que se sabe y, por tanto, sobre la vida misma.

En este sistema totalitario se niegan sistemáticamente las experiencias subjetivas de cada uno. Se desplazan o deforman para dejar espacio a creencias rígidas o dogmáticas.

De forma paradójica este tipo de creencias debe considerarse el resultado de un proceso de “conocimiento”, correspondiente a un sistema estructurado de conocimientos, en otros términos, a un mapa del territorio.

Como se puede colegir nos encontramos ante las ideas explicitadas al principio

de este escrito: ¿Por qué creemos en lo que creemos?

El problema del padre o de la madre autoritarios no consiste en sus creencias, que les son necesarias, como a nosotros, para organizar la realidad. El problema consiste en el hecho de que consideran sus creencias como verdades absolutas, negándose a sí mismos y a los hijos la posibilidad de reflexionar. De este modo su creencia absoluta se transforma en un factor engañoso de la realidad. La eficacia del sistema de creencias en el mistificar o impedir la reflexión crítica de la realidad depende del nivel de poder que tiene efectivamente el o los titulares de estas creencias en la sociedad. En caso de alto grado de poder, las creencias mistificadoras de la realidad tienen igualmente la función de mantener el poder.

Por ejemplo, el poder de un padre que pertenece a este tipo de familia autoritaria-totalitaria se muestra de forma evidente: impone sus creencias para esconder la naturaleza arbitraria de su poder y para no verse sometido a discusión. En el ámbito político autoritario encontramos muy frecuentemente este mecanismo que favorece la conservación de las relaciones de poderes inicuos y abusivos.

En estas familias se trata de conservar el poder omnipotente de las ideologías ancestrales. Pero, además, en un nivel sincrónico la negación y la distorsión de experiencias permiten exorcizar para los adultos el peligro de tener que enfrentarse al sufrimiento experimentado en su infancia.

Conviene insistir en el hecho que casi siempre el adulto abusador ha sido un menor del que se ha abusado. El abusador es un abusado que abusa. Esta redefinición del abusador adulto nos permite reencuadrar, por una parte, la transgresión no considerándola como el resultado de un espíritu maligno y enfermo, sino como el efecto de un proceso histórico, con muchos otros actores y corresponsables. Esta redefinición nos abre además el camino para permitir a cada uno de nosotros, cada uno en su nivel, implicarse en la lucha por cortar este círculo repetitivo de abusos y violencia.

Nuestros modelos terapéuticos, como las ideologías, las religiones y la teorías científicas pueden considerarse como sistemas de creencias. En efecto, aun a riesgo de repetirme, las creencias son un modelo de las experiencias de cualquier ser humano, es decir el resultado del proceso de percepción de cada uno, simbolizado en el lenguaje. Este lenguaje nos permite también comunicar con otros nuestros modelos y sistemas de creencias; nos da la posibilidad de dialogar con los demás y de intercambiar nuestras creencias con nuestros semejantes.

El verdadero drama es que en el funcionamiento del sistema abusador se excluye la posibilidad de diálogo. Nuestro reto como seres humanos con objetivos terapéuticos consiste en contribuir a crear las condiciones para hacer posible el diálogo. Pero para hacerlo es preciso creer en el diálogo y luchar para que el diálogo sea posible.

El autor describe la experiencia terapéutica de su grupo de trabajo en relación al abuso sexual según el modelo sistémico. Describe la figura del adulto abusador: casi siempre el abusador es un abusado que abusa, justifica o mistifica el abuso porque se halla convencido de que su visión del mundo es la de la realidad objetiva y que sus comportamientos son coherentes con esta realidad. El autor identifica tres tipos de organización de los sistemas familiares abusadores que corresponden a diversos sistemas de creencias. Subraya la importancia de una intervención comunitaria para movilizar los recursos de los diversos sistemas humanos que rodean a la familia y al niño abusador. Continúa siendo difícil encontrar el modo de entrar en contacto con el sistema abusador porque excluye la posibilidad del diálogo.

Palabras clave: *sistemas de abuso familiar, enfoque sistémico, mapa, territorio, cosmovisión, sistema de creencias.*

Nota Editorial:

Este artículo constituye una versión reducida, de la que se han eliminado los esquemas que se han integrado en el texto para facilitar su lectura y comprensión, que fue publicado en *Pisocobiectivo*. 19, 1999, pp. 63-81, con el título “Lo svelamento del’incesto e dell’abuso sessuale”. Agradecemos el permiso para su traducción.

Traducción: Manuel Villegas Besora

Referencias bibliográficas

- AUSLOOS, G. (1983). Finalités individuelles, finalités familiales: ouvrir des choix. *Revue de Thérapie Familiale*. 4, 207-209.
- BANDLER, R & GRINDER, J. (1975). The structure of magic. *Science and Behavior Books*. Palo Alto, California.
- BATESON, G. (1970). Form substance and Difference. *General Semantics Bulletin*, 37.
- ELKAIM M., GOLDBETER, A. & GOLDBETER, E. (1980). Analyse des transitions de comportement dans un system familial en termes de bifurcation. *Cahiers Critiques de thérapie Familiale et de Pratique de Réseaux*, 3, 18-34.
- HUNEEUS, F. (1986). *Lenguaje, enfermedad y pensamiento*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos
- MATURANA, H. (1987). *Strategies cognitives dans le cerveau humain*. Paris: Le Point.
- MATURANA, H. & VARELA, F. (1984). *El árbol del conocimiento*. Santiago: Editorial Universitaria de Santiago de Chile.
- SELTZER, J. & SELTZER, R. (1986). Le matériel, le mythique et le magique: une approche culturelle des familles. *Dialogue*, 91, 62-76
- VAN MARCKE, D & IGODT, P. (1987). La thérapie familiale face à l’inceste. *Revue de Thérapie Familiale*. 8, 371-388.